

TODOS SANTOS

FCO. JESÚS GENESTAL

Decía el novelista y Premio Nobel Herman Hesse en 1950: “A ellos les sucede cierto día que tropiezan con la realidad desnuda... o una voz los arranca de su sueño que se llama yo, contemplan el rostro de la vida, su horrible y maravillosa grandeza, su abundancia de dolor, aflicción, amor irredento y anhelo equivocado. Y ellos responden con el único sacrificio definitivo, con el sacrificio de su propia persona. Se ofrendan a los hambrientos, a los enfermos, ..., no importa quién, ellos se dejan atraer, y devorar ... por toda desnudez, todo dolor. Éstos son los verdaderos amantes, los santos”.

Decía el papa Francisco en 2018: “Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios

paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad» (GE,7).

Santas son las personas excepcionales que describe Hesse; y santas son las personas normales que advierte Francisco. Y es que la santidad no es un adjetivo en la vida sino un sustantivo. Es teológicamente raquítico ese piadoso empeño por pedir laicos santos, o sacer-

dotes santos. Decir discípulo de Jesús y decir santo es lo mismo; y decir cristianismo y decir santidad es lo mismo.

Cuenta Simon Weil, mujer y mística de tradición cristiana, que “la santidad es lo mínimo para un cristiano”. Ella vivió en tensa lucha y dudaba de si recibir el bautismo. Pero sentía, “temblando” en lo más íntimo de su ser, que Dios, “a pesar de todo, le amaba”.

La “espera atenta” de Weil, la tarea callada del que “habita la puerta de al lado” de Francisco, las historias de quienes “ofrendan sus vidas” de Hesse; todo ello es la santidad.

Por eso la santidad de cualquier ser humano ni se merece ni se declara; se desvela a lo largo de la vida. Nos toca verla, aprendiendo a mirarla con hondura, porque el Dios de la gloria a todos “nos ha hecho santos” (Efesios 1, 4).

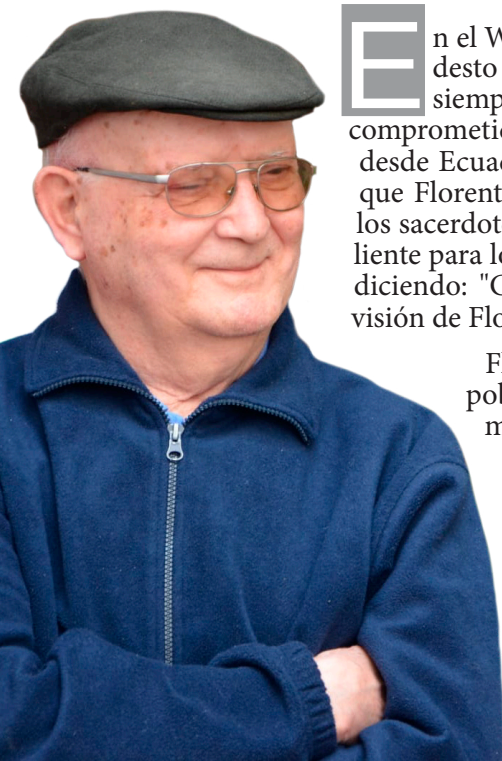


In memoriam

Para los más pobres de la tierra

La vida de Florentino Andren Orozco

+ ÁNGEL FLORO



En el WhatsApp de los misioneros albaceteños, Modesto Núñez desde Chile escribía: "Lo conocí y siempre como un seguidor valiente, sincero y muy comprometido con Jesús de Nazaret". Y Amando López desde Ecuador decía "Comparto con vosotros una frase que Florentino me dijo en una ocasión: "En la mesa de los sacerdotes nunca puede faltar un plato de comida caliente para los pobres". Yo les contestaba inmediatamente diciendo: "Comparto con vosotros enteramente vuestra visión de Florentino".

Florentino fue un hombre sencillo, valiente, pobre y comprometido con los pobres y los que más sufren. Fue un sacerdote cabal, íntegro y comprometido, muy buen compañero y con un gran sentido del humor.

En mi convivencia con él en la Casa Sacerdotal el año 2018, —ya lo vi muy débil y afectado por su diabetes aguda—, lo vi yendo todos los sábados al Cotelongo "a echar una mano", y a la parroquia de la Paz a unirse con el pueblo en la Misa parroquial. Anteriormente celebraba la Eucaristía y concelebraba, pero ya no podía.

Yo quisiera hacer hincapié aquí en su gran espíritu misionero. Vino a mi pueblo de párroco el año 1962 y estuvo hasta el 64 que marchó a la misión. Ello fue justo un año antes de mi ordenación y marcha también a la misión en Zimbabwe. Marchó con un equipo de sacerdotes toledanos a través de la OCSHA a la Diócesis de Rosario en Argentina donde vivió 5 años. Le oí comentar varias veces las ricas experiencias que vivió allí esos años.

Después de varios años de trabajo pastoral en la Diócesis volvió a marchar a la misión, esta vez a través del IEME y en concreto a la Diócesis del Petén en Guatemala donde trabajó por 5 años con el equipo misionero que allí tenía la Diócesis de Albacete y de los que nos podría contar mucho Alfonso Ruescas. Una experiencia también muy rica que tuvo que dejar por un problema familiar.

Un compañero del IEME aquí en Zimbabwe, Carmelo, y ahora en el equipo directivo en Madrid, -hicieron juntos el curso de preparación misionera el año 86-87 y con el que se carteaba con frecuencia me decía en un comunicado: "Él era muy buena persona, manso de verdad, tolerante con el otro, incapaz de un exabrupto, generoso. Tenía muy claro que su suerte y ministerio tenía que ser para los más pobres de la tierra".

Dos experiencias muy ricas que le marcaron en su vida y que le llevaron a vivir la misión por muchos años en la parroquia de Villapalacios hasta su retiro en la Casa Sacerdotal.

Florentino, descansa en paz y échanos una mano a los que todavía caminamos hacia la Casa del Padre.

LA PALABRA

1ª: Ap. 7,2-4.9-14 | Salmo: 23
2ª: 1Jn. 3,1-3 | Evangelio: Mt. 5,1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».



PRÓXIMO DOMINGO



**Día de la Iglesia
Diocesana**

«Sed santos como vuestro Padre celestial es santo» Mt. 5,48

Jesús a través de unas palabras suyas en el Evangelio nos presenta una exigencia ineludible para todo cristiano: «*Sed santos como vuestro Padre celestial es santo*» (Mt 5, 48). San Juan en su Evangelio nos enseña que Dios es amor y que nosotros tenemos que parecer-nos a él amando a nuestro prójimo. La Iglesia ha insistido siempre en sus enseñanzas a todos sus hijos en la necesidad de ser santos. Esta llamada a la santidad es para todos: clérigos, consagrados, y laicos, para los bautizados. Para todos, unos y otros, es un camino, una tarea y una exigencia al ser cristianos.

Toda la Sagrada Escritura es una llamada a la santidad, a la plenitud de la caridad. Jesús nos señala explícitamente en el Evangelio la necesidad de ser santos, maduros en la fe, en la esperanza y en el amor. Y Jesús no se dirige solo a los Apóstoles, o a unos pocos, sino que la exigencia es para todos. El Señor llama a imitarle y a seguirle sin distinción de estado, raza o condición. Como hijos de Dios debemos parecer-nos a nuestro Padre Dios, que es amor.

A todos nos dice Jesucristo: “*Sed santos...*” y, para que lo consigamos, nos da las gracias divinas y ayudas que podamos necesitar. La llamada a la santidad, a ser santos, no es un simple consejo de Jesucristo, sino un mandato exigente para todos los bautizados, para los que somos miembros de su Iglesia. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II en su Constitución Lumen Gentium, nº 39: “*En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía como quienes son apacentados por ella, están llamados a la santidad, según lo escrito por el Apóstol Pablo: «Porque esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1Tes, 4,3)*”. Y sigue diciendo el texto conciliar: “*Todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad*” (Conc Vaticano II, Lumen Gentium, 40).

Manteniendo este principio fundamental de la llamada a todos a ser santos, Dios y el hombre tienen que realizar su tarea, cada uno la suya. A Dios nadie le gana en generosidad. El Señor nos da su gracia divina y la poderosa ayuda del Espíritu Santo, y el hombre aporta una vida ejemplar y su buen hacer desde el amor. La gracia divina no anula la colaboración de la persona, sino que la ilumina, la enciende y la impulsa a una colaboración generosa e incansable.

Tener deseos de santidad, querer ser santo, es el paso necesario para tomar la decisión de emprender un camino con el firme propósito de recorrerlo hasta el final, hasta alcanzar la santidad, hasta parecerse a Dios, que es perdón, misericordia y amor. Los santos, siendo conscientes de sus defectos y pecados, fueron hombres y mujeres que tuvieron un gran deseo de llenarse de Dios y de vivir junto a él. Y alcanzaron la meta de la santidad.

El amor de Dios, su santidad, está al alcance de todos, porque la santidad es cuestión de amor, de empeño por llegar, con la ayuda de la gracia divina

El amor de Dios, su santidad, está al alcance de todos, porque la santidad es cuestión de amor, de empeño por llegar, con la ayuda de la gracia divina, hasta identificarse con Jesucristo y parecerse a Dios nuestro Padre, que es amor, perfección absoluta.

Jesucristo quiere que seamos santos, que nos parezcamos a Dios, nuestro Padre, como él. Tenemos la ayuda y la fuerza regeneradora del Espíritu Santo. Santos son, no los hombres o las mujeres que no han pecado nunca, sino “los que se han levantado siempre”.

Dios nos llama a ser santos en toda circunstancia: en la enfermedad y en la salud, en los aparentes triunfos humanos y en los fracasos inesperados. El Señor nos quiere santos en todos los momentos. No esperemos a que llegue un tiempo más oportuno; este es el momento propicio para amar a Dios con todo nuestro corazón, con todo nuestro ser y para amar igualmente a nuestro prójimo. Hagamos realidad en nuestra vida la exigencia y llamada de Jesús: «*Sed santos como vuestro Padre celestial es santo*».

+ Ángel F. Collado

MONS. ÁNGEL FERNÁNDEZ

Obispo de Albacete



Entrevista a Pedro Luis Galindo Parra, funerario

“Mi misión es ayudar a superar el duelo de la muerte”

FELI IZAGUIRRE

HOJA DOMINICAL. Pedro, ¿desde cuándo es Ud. funerario?

Pedro Luis. Hace ya más de dos años y medio, desde que entré a trabajar en la Funeraria La Nueva. Antes estaba de enterrador en mi pueblo, en Minaya, y de toda la vida he trabajado en la construcción.

H.D. ¿Qué tal está en la funeraria?

P.L. Estoy bastante contento. Como en todos los trabajos, hay ratos que cuesta un poco más o que son un poco más difíciles, pero es una satisfacción grande para mí ver que estoy ayudando a la gente. Duermes tranquilo cuando ves que has ayudado a una familia, te dan las gracias y ves el agradecimiento en sus ojos.

H.D. ¿En qué consiste el trabajo?

P.L. Preparamos la documentación para los entierros, y cuando recibimos el aviso de un fallecimiento, vamos allí donde se ha producido, bien al hospital, residencia, o domicilio particular. Hablamos con la familia, recogemos al fallecido y lo llevamos al tanatorio que elija la familia; acondicionamos, y luego hacemos el entierro. Después, en administración se hacen los papeles, como los de últimas voluntades y pedir pensiones.

H.D. ¿Cómo atienden en este primer momento a las familias?

P.L. Sobre todo, hay que tranquilizar en este momento



en el que ha fallecido un ser querido, porque muchas veces, sí que se ponen nerviosos los familiares. Entonces, siempre que está la gente nerviosa, calmarla, y después, les explicamos los pasos que hay que seguir para hacer el entierro. Vamos hablando y resolviendo dudas.

H.D. ¿Qué hace para calmar los nervios?

P.L. Intento ponerme en la piel de la viuda; del huérfano o del hermano que ha perdido a otro hermano, según los casos, y les hablo con calma. A veces, llegas a un domicilio y empiezan a hablar “muy fuerte”, un poco de malas maneras, como si nosotros los funerarios fuésemos el demonio que se lleva a su ser querido. Entonces, procuro hablar suave y relajado, para que ellos también vayan bajando el tono de voz y tranquilizándose. Para mí esto es muy importante, porque mi misión es ayudar a la gente a superar este primer paso, que ellos se sientan en familia y lleven un duelo lo más relajado y tranquilo posible, preocupándose solo de velar a su familiar.

H.D. ¿Y cuándo termina el entierro?

P.L. En la despedida, les doy siempre ánimo para que lleven el duelo lo mejor posible, y tanto si dura mucho o poco, que lo pasen con toda la familia. Es verdad que te encuentras con familias que no se hablan, pero bueno, yo doy mucho ánimo para que lo vayan superando. Todo el mundo no pasa el duelo de la misma manera, cada uno tenemos una personalidad, una forma de ser, a unos les cuesta más y a otros, menos.

H.D. ¿Cómo lleva Ud. ese contacto tan directo con la muerte y el dolor?

P.L. Yo tengo claro, como la mayoría de la gente, que la muerte es la última fase de la vida, o sea que todos tenemos que morir, antes o después. Sí que es verdad que cuando es de forma trágica, cuando es alguien joven, es un trauma para toda

la familia, y tú estás ahí como familia. Hay mucho llanto, mucha pena.

H.D. Ud. tiene fe, es creyente. ¿Cómo le ayuda la fe en su trabajo?

P.L. Cuando hablas con la gente, por la manera de hablar o de expresarse ya sabes si son creyentes o no. Sobre todo, lo veo por los pronto que tienen. Hay quien dice: Ay, Dios mío, por ejemplo. Cuando son creyentes yo les digo que también soy, y que nos encargamos de llamar a los curas para pedirles la Misa, y hay otras veces que no son muy creyentes, pero que quieren una Misa. Entonces, les pido la Misa, y cuando veo que no son creyentes, pues con todo el respeto del mundo no hablo de temas de Iglesia y ya está. Yo no me escondo para decir que soy cristiano y que creo en Dios, me da igual que haya mucha gente o poca cuando digo a alguien que yo creo en Dios y que voy a Misa los domingos.

H.D. ¿Cree que se afronta mejor la muerte teniendo fe?

P.L. Hay mucha gente que dice que cuando te mueres, estás ahí muerto y no hay más. Yo creo que hay un alma que va a algún sitio; te juzgan y luego te vas al lado bueno o al lado malo. Yo no sé dónde iré, eso no lo sabemos nunca, pero espero ir al lado bueno. Muchas veces ven al funerario como el que se lleva el muerto y ya está, pero no es eso. Nosotros vamos a recoger el cuerpo de alguien que tiene una familia, que quiere que trates a su familiar con respeto y bien, y así lo hacemos, como seres queridos que son, y como un día harán también con nosotros y nuestros seres queridos.

H.D. Celebramos la Festividad de Todos los Santos y el día de los fieles difuntos. La Iglesia mantiene viva la memoria de nuestros difuntos, con la esperanza de encontrarnos un día en el cielo.

P.L. Sí, yo también espero eso. Y ver algún día a Agustín, un compañero de la funeraria que falleció hace seis meses, y hablar con él de muchas cosas. Entré a trabajar aquí porque él me llamó, me he llevado muy bien con él, le estoy muy agradecido. Estamos pasando los compañeros un duelo también.